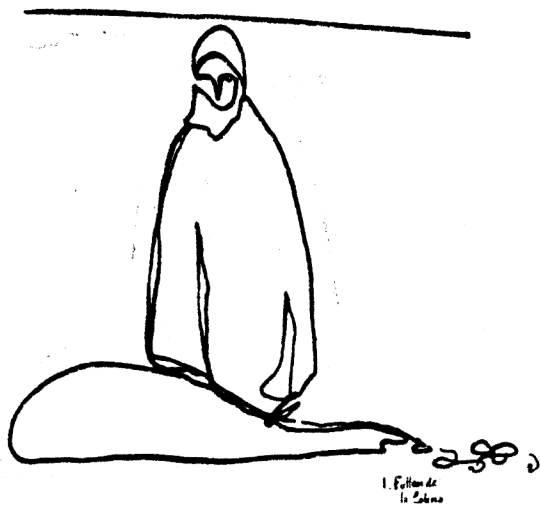


Elegía
para una tarde de junio

A Ana María, Juan Jorge, María del Socorro y Guillermo, dueños aún del reino desmesurado.



A veces uno está tan triste
porque la tarde es un barco grande que se va
dejando vacíos los amarraderos del pecho.

El cielo es azul, tan azul,
y el sol se tiende encima de las manos como un ángel confiado,
pero el aire duele,
más que la luz y el agua,
más que la soledad, esa música
hecha para olvidara que se está solo.

Estar solo una tarde de invierno, detrás de la ventana,
como si la vida entera pudiera ponerse sobre una silla,
y encerrada con llave jugara a ser ella misma.
En un estante, disfrazada de polvo, se acurruca la infancia
que mira con graves ojos cosas que no comprende,
irretornable.

Hasta el cigarrillo se esfuerza por decir algo,
quiere elegirse, más allá del humo,
esa sangre impalpable.
pero el humo se disuelve a través de los ojos,
sabe Dios dónde va.

¿Sabe Dios dónde va el humo?

¿Sabe dónde vamos,

sabe que estamos aquí sentados, en silencio,

con miedo de levantar una mano que podría asesinar a los
[duendes,
con miedo a cerrar los ojos, y ver
el repetido vacío, que avanza como una marejada
anegando los huesos?

Ah, si se me diera en cambio un mediodía alto y claro, de pie
[sobre el corazón,
y volviesen a mí desde el agua del tiempo las ciudades de la
[infancia,
con sus torres enhiestas, preparando los años.
Tendría otra vez que dibujar el mapa áspero y dulce de mí
[mismo,
con mi geografía virgen, surcado por los ríos largos del verano,
las colinas ingenuas de las primeras sorpresas, y los valles
celestes, junto al mar de las rondas,
o aquellas praderas confusas de las enfermedades con fiebre.

Oh prodigio de arcángeles, campanas y ruiseñores,
catedral inesperada, detrás de un bosque de árboles nuevos:
niño, otra vez.

Pero la tarde no está, en algún lado navega,
velamen misterioso,
ahora es de noche y hay que tomar de nuevo la costumbre de
[ser hombre.

CESAR MAGRINI.